

preocupaciones de gobierno, en la desconfianza con que se ha mirado al pueblo. En 1793 la necesidad de resistir á la invasion exigió una enorme concentracion de fuerzas y de ahí que la revolucion se desviara. El principio de centralizacion, rigurosamente aplicado por el Comité de Salud pública, fué erigido en dogma entre los mismos jacobinos, y estos, á su vez, lo legaron al imperio y á los demás gobiernos que despues le sucedieron. Tal es la tradicion infortunada que, en 1848, dió origen á la marcha retrógada y que, aun hoy dia, forma la ciencia y la política del partido republicano.

Así, olvidando la organizacion económica, que, como una consecuencia necesaria, exigia la abolicion del feudalismo; olvidando la industria para entregarse á la política; olvidando á Quesnay y Adam Smith para dar importancia á Montesquieu y á Rousseau; vióse como la nueva sociedad permanecia en embrion por mucho tiempo; como, en lugar de desenvolverse con las teorías económicas, languidecia en el constitucionalismo, como su vida ofrecia una contradiccion perpétua, como en vez del orden que la es propia, no tuvo mas que una corrupcion sistemática y una miseria que la ley veia indiferente, como en fin, el poder, expresion de esta sociedad, reproduciendo en su institucion, con una fidelidad escrupulosa, la antinomia de los principios, se veia precisado á luchar con la nacion, mientras que esta, á su vez, se hallaba en la necesidad de herir constantemente al poder.

En una palabra: la sociedad que habia de darnos la Revolucion de 1789, no existe: aun tiene que crearse. Lo que tenemos hace sesenta años no es mas que un orden ficticio, superficial, que casi no llega á ocultar la anarquía y desmoralizacion mas espantosas.

No estamos acostumbrados á buscar tan altas las causas de las revoluciones y de las perturbaciones sociales. Las cuestiones económicas siempre nos han disgustado: al pueblo desde la gran lucha de 1793 se le ha distraido tanto de sus verdaderos intereses, los hombres de talento se hallan tan desviados con las agitaciones de la prensa, de la tribuna y de la plaza pública, que estoy cierto que al dejar la política por la economía seré dejado tambien por mis lectores y no tendré mas confianza que las cuartillas en que escribo. Esto, no obstante, fuerza es convenernos de que independientemente de la esfera tan estéril como absorbentes del parlamentarismo, existe otro mundo incomparablemente mas vasto que encierra nuestros destinos; que sobre estos fantasmas políticos que tanto nos cautivan, existen los fenómenos de la economía social, que, por su armonía ó discordancia, producen el bien y el mal en todas las sociedades. Bajo tal concepto, ruego al lector que por espacio de un

cuarto de hora me siga en las consideraciones generales en que estoy obligado á entrar. Luego prometo que volveré á conducirle á la política.

## II.

### ANARQUÍA DE LAS FUERZAS ECONÓMICAS. TENDENCIAS DE LA SOCIEDAD Á LA MISERIA.

Llamo *fuerzas económicas* á ciertos principios de accion, tales como la *Division del trabajo*, la *Concurrencia*, la *Fuerza colectiva*, el *Cambio*, el *Crédito*, la *Propiedad*, etc. etc., que son al Trabajo y á la Riqueza lo que la distincion de clases, el sistema representativo, el derecho monárquico hereditario, la centralizacion administrativa, la gerarquía judicial, etc. etc., son al Estado.

Si estas fuerzas se mantienen en equilibrio, si están sometidas á las leyes que le son propias, y que, en mi concepto no dependen de la arbitrariedad humana, el Trabajo puede considerarse organizado y ser la garantía de una felicidad indescribible. Si, por el contrario, estas fuerzas obran sin direccion ni contrapeso, el Trabajo se halla en plena anarquía: los resultados útiles que produce, se mezclan á una cantidad igual de efectos perjudiciales; el déficit iguala al beneficio, y la sociedad, objeto y sugeto de la produccion, de la circulacion y del consumo, es víctima de un sufrimiento que vá creciendo por instantes. Hasta ahora no se ha creido que la sociedad pudiera ser gobernada con una de estas dos formas: la forma política y la forma económica, entre los que existe una antipatía y contradiccion esenciales.

La anarquía de las fuerzas económicas, la lucha que sostienen contra los sistemas de gobierno—únicas vallas que á su organizacion se oponen y que no pueden conciliarse ni fundirse—constituyen la causa real, profunda, de la enfermedad que atormenta la sociedad francesa, y que ha notablemente empeorado desde la segunda mitad del reinado de Luis Felipe.

Hace ya siete años que llené dos tomos en octavo para indicar las perturbaciones y horrosos conflictos que tal anarquía ocasiona. Este libro, que ha quedado sin réplica por parte de los economistas, no fué mejor recibido por la democracia social. Si me espreso en esta forma es para mostrar, con mi ejemplo, el escaso favor que generalmente obtienen las especulaciones económicas, y para demostrar que nuestra época es aun muy poco revolucionaria.

Bajo tal concepto, me circunscribiré á recordar muy brevemente los hechos mas generales, á fin de dar al lector un resumen de estos poderes

y fenómenos cuya violacion es manifiesta, y cuya creacion puede tan solo fijar un límite al drama gubernamental.

Todo el mundo se ha formado ya una idea de la *division del trabajo*.

La division del trabajo, en una industria dada, consiste en la distribucion de la mano de obra, gracias á la que el trabajador hace siempre la misma operacion ó un corto número de operaciones iguales, y en que el producto, en vez de salir íntegro de manos de un solo obrero, se convierte en resultado comun y colectivo de un gran número.

Siguiendo á Adam Smith, que fué el primero que demostró científicamente esta ley, y todos los economistas, la division del trabajo forma la gran palanca de nuestra industria. A ella principalmente es necesario atribuir la superioridad de los pueblos civilizados sobre los pueblos salvajes. Sin la division del trabajo el uso de las máquinas no hubiese ido mas allá de los útiles mas antiguos y vulgares; las maravillas del vapor y la mecánica no hubieran sido conocidas; el progreso no hubiera impulsado á las sociedades, y la Revolucion francesa, por falta de desahogo, no hubiera sido mas que un alzamiento estéril. Gracias á la division del trabajo, los productos de este se decuplican y centuplican; la economía política se eleva á la altura de una escuela filosófica, y el nivel intelectual de las naciones se levanta y se engrandece. Lo primero que debia llamar la atencion del legislador en una sociedad fundada en odio al régimen feudal y guerrero, y destinada, en su consecuencia, á organizarse con el trabajo y la paz, era la separacion de las funciones industriales; la division del trabajo.

Pero no fué así. Esta potencia económica quedó abandonada á los estragos del interés y el azar. La division del trabajo fraccionándose extraordinariamente y quedando sin contrapeso, convirtió al obrero en una máquina. Esto es un efecto del sistema: cuando se aplica, como en nuestros dias, la industria se hace mas productiva; pero en cambio empobrece el cuerpo y alma del obrero, y el beneficio es siempre para el capitalista ó empresario. Hé ahí cómo reasume tan grave cuestion un observador no sospechoso, M. de Tocqueville.

«A medida que la division del trabajo recibe una aplicacion mas completa, el obrero está mas débil, mas limitado y mas dependiente. El arte progresa, pero el artesano decae.»

J. B. Say habia ya dicho: «El hombre que en toda su vida no hace mas que una cosa, logra, indudablemente, ejecutarla mas pronto y mejor que cualquier otro; pero al mismo tiempo, se hace menos capaz de ejecutar otro trabajo, ya sea moral, ya físico; sus demas facultades se apagan, y de ahí que, considerado individualmente, el hombre dege-

»nere. Nada hay tan triste como el pensar que en toda la vida no se ha hecho mas que la décima octava parte de un alfiler..... En resumen: »puede afirmarse que la separacion de ocupaciones emplea hábilmente las »humanas fuerzas, que acrecienta la produccion de un modo extraordinario; pero que en cambio quita algo á la capacidad del hombre considerado individualmente.»

Todos los economistas se hallan ya de acuerdo en este punto, uno de los mas graves que nos demuestra la ciencia; y si no insisten con el vigor que en sus polémicas adoptan—necesario es decirlo para vergüenza del hombre—es porque imaginan que esta corrupcion de las mejores fuerzas económicas no puede ser evitada.

Así, en tanto que la division del trabajo y el poder de las máquinas se agiganta, mas disminuye la inteligencia del obrero y mas se reduce el trabajo. Y como el valor del obrero va en decadencia y la demanda del trabajo disminuye, de ahí que el salario se rebaje y que la miseria continúa en aumento. No se crea que las víctimas de esta perturbacion industrial se cuenten por centenares, sino que desgraciadamente se cuentan por millones.

En Inglaterra se ha visto que, á consecuencia de la division del trabajo y las máquinas, el número de los obreros ha disminuido en ciertos talleres en la mitad, en las tres cuartas y en las dos quintas partes. Así es que los salarios, disminuyendo en una proporcion igual, se han rebajado desde tres francos hasta cincuenta y treinta céntimos. Multitud de brazos fueron desterrados por propietarios y empresarios de industria: en todas partes la mujer y el niño han tomado el puesto del obrero. El consumo, en un pueblo empobrecido, no puede marchar cual marcha la produccion, y de ahí que esta se vea en el caso de detenerse á sí misma, y de ahí tambien las vacaciones de los obreros, que duran seis semanas, tres meses y hasta seis meses por año. La estadística de las vacaciones que se han visto en la necesidad de observar los obreros parisienses, ha sido recientemente publicada por Pedro Vincard—que tambien es un obrero—y en ella vemos los mas tristes detalles. Lo modesto del salario es tan grande, que muchos operarios no ganan mas que un franco por dia. Así, si sus vacaciones duran seis meses, no pueden vivir mas que con cincuenta céntimos diarios. Hé ahí el régimen al cual Paris se encuentra sometido. La situacion de las clases obreras en los departamentos es igual con corta diferencia.

Los conservadores filántropos, que son entusistas de las antiguas costumbres, achacan esta anomalia al sistema industrial: quisieran que se volviese al régimen feudal-agrícola. Pero yo sostengo que no se debe